



Discurso Rectora Graduación 2019

Queridas familias de los alumnos que hoy se gradúan, estimados miembros del directorio, estimado presidente del centro de padres, queridos presidentes del centro de alumnos, querida comunidad de educadores de nuestros colegios, y muy especialmente queridos alumnos de la generación 2019 que hoy se gradúan, sean todos muy bienvenidos a esta ceremonia:

Es una alegría y un gran orgullo para todos los que integramos la gran familia de los colegios Monte Tabor y Nazaret ver a nuestros alumnos y alumnas llegar al término de su etapa escolar y tener la maravillosa oportunidad de compartir junto a ustedes la celebración del camino recorrido y la gran satisfacción de la meta cumplida.

La ceremonia de graduación es ciertamente un momento muy especial: la culminación de años de aprendizaje y estudio; el reconocimiento de esfuerzos; la ocasión de destacar éxitos y logros..., y así queremos hacerlo. No obstante lo anterior, las circunstancias en las que celebramos este gran paso son particularmente especiales para la historia de nuestro país y para cada uno de los que los que convivimos en él y no mencionarlas sería permanecer indiferentes ante un especial llamado que interpela lo medular de la educación en los colegios Monte Tabor y Nazaret, me refiero precisamente a nuestro sentido de misión apostólica y social.

Es por esto, que quisiera compartir con ustedes una breve reflexión a la luz de tres conceptos fundantes y fundamentales de nuestro proyecto educativo y nuestra educación: la valoración de la persona, la importancia de los vínculos y la responsabilidad o nuestro sentido de misión.

Mirar a la persona pasa por un respeto absoluto a la vida humana y eso implica valorarlo como un otro, con su contexto, su historia, su originalidad. No es posible un diálogo social y la construcción de una sociedad más justa, si no somos capaces de mirar y valorar al otro en su dignidad. La crisis en nuestra sociedad ha sido quizás la externalización de un proceso que se ha ido incubando por años en el corazón y en el interior de cada uno, a la par con nuestros desarrollos económicos y tecnológicos. El padre Kentenich ya en 1912, se preguntaba "¿Están los pueblos cultos y civilizados suficientemente preparados y maduros para hacer buen uso de los enormes progresos materiales de nuestros tiempos? ¿O no es más acertado afirmar **que nuestro**



tiempo se ha hecho esclavo de sus propias conquistas?" La crisis social comienza en mis vivencias diarias, en cómo me relaciono con los demás, en cómo me relaciono con los bienes, con las formas de pasarlo bien, con la naturaleza. Comienza cuando nos encerramos en nuestros grupos, cuando ponemos calificativos al otro por pensar, hablar o vestir distinto; cuando dejamos de ser sobrios, austeros, compasivos. Y es que para avanzar, debemos mirar nuestro interior. Nuestras vidas son las que deben dar testimonio del hombre nuevo en la nueva comunidad.

Valorar al otro es también establecer vínculos genuinos y profundos con los demás. Construir una sociedad justa e integradora es crecer con y junto al otro. El progreso, el desarrollo y los medios digitales han traído consigo un sinnúmero de elementos positivos y son el producto del trabajo, el esfuerzo, la inteligencia y las capacidades que Dios ha depositado en el ser humano. Pero también junto a ello, nos han convencido quizás que esos éxitos personales e individuales son suficientes o que intercambiar información, imágenes o símbolos digitalmente es equivalente a comunicarse. Esta creciente exaltación del bien individual junto a la hiperconexión nos puede crear la falsa ilusión de que nos bastamos a nosotros mismos. Corremos el riesgo de que nos hayamos obnubilado y se nos haya nublado la capacidad de mirar a los demás, de establecer vínculos significativos, de contar con la presencia del otro. En lugar de ello, hemos caído al parecer en un ensimismamiento que amenaza con alejarnos del otro, de Cristo en el más necesitado, de los amigos o de la familia. Porque es precisamente en esta última, en esa "iglesia doméstica" que es la familia, donde aprendemos a desarrollar vínculos profundos, donde aprendemos a amar, a respetar, a ser empáticos, a cultivar nuestra fe.

Mientras más capaces somos de establecer vínculos genuinos, más crece en nosotros la capacidad de mirar al otro y sus necesidades. No podemos quedar conformes con nuestro bienestar, con lo que hemos logrado y conquistado, si dejamos al otro de lado, si no nos responsabilizamos por el otro y si no somos capaces de prescindir de intereses particulares para trabajar por el bien común. El Papa Francisco nos hace un especial llamado a "construir una sociedad y un mundo que esté a la altura de nuestra dignidad como seres humanos". Una cultura del encuentro debe ser capaz de escuchar y empatizar con los más débiles, con los vulnerables, con los que sufren y situarse desde la solidaridad y la fraternidad. Ir al encuentro del otro también pasa por actitudes cotidianas como el respeto, la comprensión, la sensibilidad, la sencillez.



Queridos alumnos de la generación 2019, como colegio nuestro trabajo incansable, nuestro profundo esfuerzo ha sido precisamente formar en ustedes los valores, las capacidades y los conocimientos para dar respuesta a lo anterior: para valorar a cada persona en su dignidad, para desarrollar vínculos profundos, para responsabilizarse por el otro. Ustedes llevan ese sello. Me alegra haberlos escuchado en su misa final describirse a sí mismos como una comunidad que valora y agradece los vínculos, y con un inmenso cariño al colegio; yo veo otras cosas además:

- Veo que demostraron un espíritu crítico y reflexivo al organizar debates, conversaciones y proyectos tan relevantes como el “Ponte la Medalla” del Nazaret
- Veo que desarrollaron y confiaron en sus capacidades intelectuales, artísticas y deportivas alcanzando grandes logros en debates, concursos académicos, la presentación del baile del interescolar, en fútbol, atletismo, hockey, mountainbike, en la música.
- Veo que cultivaron y desarrollaron su fe y espiritualidad en sus retiros, en la preparación a la confirmación, en la preparación de muchos de ustedes para ser ministros de comunión
- Veo que tuvieron una profunda conciencia de misión que hicieron realidad a través de importantes proyectos sociales y de una gran participación en trabajos de invierno y misiones.
- Veo como maduraron, superaron dificultades, aprendieron de sus errores y a trabajar juntos.

Pero por encima de todo, veo con profunda alegría que se han formado como hombres y mujeres íntegros, fieles representantes del Tabor y Nazaret.

Ahora salen al mundo y seguramente les tocarán tiempos desafiantes; instancias en que necesitarán mantener muy claras sus convicciones y valores; oportunidades en las que pondrán a prueba todo lo aprendido, pero estamos seguros de que cuentan con todo lo necesario para esta gran tarea. Solo unos últimos consejos:

- Enfrenten el futuro con una gran idea. Piensen en aquello por lo que se la quieren jugar. Por lo que están dispuestos a sacrificarse, sufrir, fracasar y volver a levantarse. Y con esto no hablo de sus carreras, trabajos o éxitos profesionales, sino finalmente de cómo quieren vivir su vida y de lo que quieren que le dé sentido, de lo trascendente. Teniendo eso en mente, den lo mejor de sí, sean perseverantes, esforzados y aspiren a la excelencia.
- Cuando se sientan cómodos y felices porque han logrado todo lo que se habían propuesto, busquen la incomodidad. Estén incómodos. Una vida



- incómoda es una vida de búsqueda de Cristo en el otro, es estar atentos a las necesidades de los demás.
- Sean agradecidos. En especial con sus papás. Cada uno de ustedes está aquí porque ellos han hecho un esfuerzo incansable por educarlos y darles lo mejor, y porque tienen la convicción de que en la fe y en el amor está la verdadera educación.
 - Cultiven los vínculos, los lazos de afectos, las relaciones afectivas de calidad, en primer lugar en su familia que es su pilar fundamental y donde son queridos en forma incondicional y luego con sus amigos, en su barrio, en su trabajo. Sean agentes de humanización.
 - Valoren Chile. Su historia, sus instituciones, su paisaje, sus personas, su cultura. Nuestra nación se ha construido con el sacrificio, el amor y el trabajo de muchos hombre y mujeres. Hónrenlos y sigan ustedes aportando desde sus talentos y capacidades al crecimiento y la paz de nuestro país.
 - Pongan su confianza en Dios y cobíjense en el abrazo maternal de María. Caminen junto a Cristo y procuren tener constantemente momentos de conversación con Él. Es precisamente en esos momentos de contemplación donde se desarrolla la vida.

Queridos alumnos y alumnas, ustedes son esperanza, son parte de la definición de sociedad que Chile necesita para el futuro. Son agentes de construcción de una sociedad más justa, más fraterna, más solidaria.

Abracen esa desafiante misión con audacia y humildad..., pero por encima de todo con una profunda confianza en Cristo y María. Así nos invita el Padre Kentenich: "No simplemente lo grande, ni algo más grande, sino precisamente lo más excelso ha de ser el objeto de nuestros esfuerzos intensificados"

A nombre de todo el MTN felicitaciones y un abrazo a cada uno

Catalina Laage V
Rectora Colegios Monte Tabor y Nazaret